

Los escritores norteamericanos en la era de Trump: entre la metáfora moribunda y la hipérbole veraz

Carme Manuel
Carmen.Manuel@uv.es

El 8 de noviembre de 2016 el candidato republicano Donald J. Trump fue elegido presidente de los Estados Unidos, y el 20 de enero de 2017 juró el cargo. Los sentimientos de incredulidad, estupor, horror y rabia experimentados por muchos norteamericanos liberales ante la consumación de lo que pensaban inimaginable fueron recogidos y publicitados en todos los medios de comunicación nacionales e internacionales. Las lamentaciones, gritos, lloros, rostros desencajados por un apocalipsis que había dejado de ser una premonición y se había convertido en una realidad se conjugaron con los vítores de júbilo y semblantes radiantes de esperanza de otros compatriotas que se arrodillaban ante quien aclamaban como el salvador del pueblo norteamericano auténtico. David Remnick, director desde hace más de veinte años del semanario *The New Yorker*, un día después de la elección, plasmaba su reacción en un artículo que titulaba «An American Tragedy», retomando el nombre de la famosa novela de 1925 de Theodore Dreiser. Remnick resumía en el primer párrafo el sentimiento de pesadumbre y desesperación que atenazaba a muchos como él. El triunfo de Trump a la presidencia significaba, «ni más ni menos, una tragedia para la república norteamericana, una tragedia para la constitución, y el triunfo de las fuerzas, tanto nacionales como internacionales, del nacionalismo conservador, el autoritarismo, la misoginia y el racismo». Esto era así porque «la sorprendente victoria, la ascensión de Trump a la presidencia, es un acontecimiento repugnante en la historia de la democracia norteamericana y de la democracia liberal». Ante esta abyecta realidad, Remnick declaraba que «solo se podía reaccionar con asco y profundo miedo».

Ha pasado casi un año y, aunque los ánimos no siguen tan exacerbados, de las dos imágenes que confluyeron aquel 8 de noviembre, la que ha calado en los espacios de opinión es la primera, es decir, la que anuncia que estamos ante un cataclismo político, iniciador de la destrucción total. De hecho, el nuevo mandatario se ha granjeado el honor de tener ya entradas en Wikipedia tituladas «Protests against Donald Trump» y «Timeline of protests against Donald Trump».

Los círculos intelectuales, artísticos y literarios no se han quedado atrás a la hora de implicarse en las vueltas de la campaña y de las elecciones presidenciales, e incluso antes de noviembre de 2016, fueron innumerables los escritores y artistas que hicieron oír sus voces ante lo que en un principio parecía una broma de la historia y que con los meses fue adquiriendo visos de posibilidad para acabar siendo una incontestable realidad. Ante la hecatombe presente, muchas de estas voces literarias liberales han reconstruido la historia reciente de los Estados Unidos y se han dedicado a repetir incansablemente una serie de manidos estereotipos que recomponen el país como un ideal de libertad, justicia y fraternidad. Los años previos a lo que ya se denomina la nueva Edad de Trump o la Era Trump han sido y continúan siendo reimaginados como la Arcadia obamiana en la que quien había sido ensalzado como el esperado Mesías afroamericano departía justicia e equidad entre los ciudadanos del pueblo estadounidense y del universo entero. Como acertadamente manifiesta Jan Clausen, la poeta y activista radical, autora de varios poemarios experimentales como *Veiled Spill: A Sequence*, en un imprescindible artículo titulado «Against Literary Nationalism» (*Jacobin*, el 24 de marzo de 2017), las condenas que tachan a Trump de aberración del americanismo, de mancha en el devenir histórico nacional, se olvidan de muchos de los imperdonables pecados que esta república ha cometido a lo largo del siglo XX y principios del XXI. Estos discursos, además, subraya Clausen, son peligrosos porque facilitan la propagación de toda una serie de falsedades que sirven para tranquilizar conciencias y que impiden al mismo tiempo el desarrollo de una resistencia eficaz». Como ella, la periodista, académica y cofundadora de la revista de cine *Film Criticism*, Luciana Bohne, en un artículo en *Counterpunch*, el 11 de agosto de 2017, ironizaba también sobre la respuesta de los liberales: «La izquierda en general llama fascista a esa excrecencia grotesca que ahora habita la Casa Blanca, como si Trump hubiera reemplazado a una administración de filántropos ilustrados. Y exigen un presidenticidio virtual con el fin de que ese ‘vampiro’ internacional ilustrado, el partido Demócrata, pueda volver al poder. Pero, atención, Trump solo es el último de los ‘fascistas’ en una larga lista que comenzó en 1945». De igual manera se manifiesta Naomi Klein, la periodista y activista canadiense, en su último libro *No Is Not Enough: Resisting Trump’s Shock Politics and Winning the World We Need*, aparecido el 13 junio de 2017. Como explica en la «Introducción», para Klein, como para algunos analistas críticos con la izquierda neoliberal, Trump no representa una ruptura sino la culminación, el final lógico de una serie de alarmantes relatos que la cultura norteamericana ha estado creyéndose durante mucho tiempo, y que pueden resumirse en la actitud que prima como únicos valores válidos la supremacía económica y política norteamericanas en el mundo. Para Klein, más que cuestionar a Trump, lo que es urgente es «preguntarse las razones que esconde el sistema que lo ha hecho posible». No es suficiente hacerle frente a él como individuo, sino enfrentarse a las corrientes profundamente enraizadas que le han otorga-

do el poder y elevado a la posición de mandatario del mundo. La presencia de otros relatos que a lo largo de la historia han contrarrestado los abusos del poder deberían recordarnos, concluye Klein, que, si bien Trump es la culminación lógica del actual sistema neoliberal, este sistema no es la culminación lógica de la historia de la humanidad.

Muy a pesar de las opiniones a contracorriente de estas analistas políticas, la Edad de Obama se ha convertido en un Paraíso perdido que se vislumbra desde el infierno presente con dolorosa añoranza. Ahora bien, al primero al que se ha de reconocer el mérito de forjador de tal imagen es al propio Barak Obama ya que, desde sus inicios en la carrera política, ha exhibido unas extraordinarias dotes retóricas capaces de embelesar y seducir incluso a sus oyentes más críticos. No es casual que haya sido así porque Obama se ha mostrado durante sus dos mandatos no solo como un digno narrador, un carismático alquimista, diestro en el arte de convertir en oro fabulístico su propio yo y su relación con la historia norteamericana, sino también como un gobernante empeñado en el cultivo del vasallaje de artistas, creadores, intelectuales y escritores.

La querencia de Obama por lo literario se ha demostrado de diversas formas. En primer lugar, este amor a las letras tiene reflejo en su propia trayectoria como poeta y narrador. Pocos días después de su elección en 2009 fue sorprendido con una copia de la obra completa de Derek Walcott entre las manos, aunque ahí no finalizaba su apego al género. De hecho, el *New York Times*, el 18 de mayo de 2008, había publicado dos poemas, «Pop» y «Underground», textos escritos por el entonces candidato demócrata, que habían aparecido originalmente en el número de primavera de 1981 de *Feast*, una revista literaria estudiantil de cincuenta y una páginas, publicada por los alumnos de Occidental College, una universidad privada de Los Angeles. Como narrador, en 1995 publicó un libro de memorias, *Dreams from My Father: A Story of Race and Inheritance* (1995) y, en 2006, como interesado preludeo a lo que sería su campaña por la presidencia *The Audacity of Hope: Thoughts on Reclaiming the American Dream*, obras ambas que alcanzaron grandes ventas. En segundo lugar, Obama también ha ejercido de crítico literario, cuando, por ejemplo, entrevistó a la escritora Marilynne Robinson el 14 de septiembre de 2015, en Des Moines, Iowa. En un momento de la conversación, Obama explica lo que para él significa la ficción: «Lo más importante que he aprendido yo lo he aprendido en las novelas. Es la empatía, y tiene que ver con sentirse a gusto con la idea de que el mundo es complicado y está lleno de grises, aunque todavía queda mucha verdad por descubrir, y que uno tiene que luchar y esforzarse para descubrirla. Y también tiene que ver con la idea de que es posible relacionarse con los otros a pesar de que sean diferentes de uno mismo».

Dentro de este romance entre Obama y el mundo de las letras, no sorprende que, en el momento del ritual iniciático que es la jura del cargo de presidente, el afroamericano no sólo se legitimara como continuador de Lincoln, jurando con la misma biblia que «El gran emancipador», sino que también retomara una

tradición que inició el asimismo carismático y mártir John F. Kennedy en 1961, cuando invitó aquel año al insigne poeta Robert Frost para que leyera un poema especialmente escrito con ocasión de su toma de posesión, «The Gift Outright», una pieza que iniciaba con un verso que ha pasado a la posteridad y que, haciéndose eco de la retórica calvinista, no deja ninguna duda sobre el poder colonizador y la condescendencia imperialista de los norteamericanos: «La tierra nos pertenecía antes de que nosotros perteneciéramos a la tierra». En 1993 Bill Clinton, en su primer mandato, contó con la poeta afroamericana Maya Angelou («On the Pulse of Morning»), y en 1997 con Miller Williams («Of History and Hope»). En 2009, doce años después, Obama retomó esta celebración poética desde la política presidencial con la autora afroamericana Elizabeth Alexander («Praise Song for the Day»), y en 2013 repitió, ahora con un poeta de origen cubano, nacido en Madrid, Richard Blanco («One Today»).

Al contrario que estos presidentes demócratas, los republicanos no han sentido nunca esta necesidad de custodia poética, aunque, por lo que a Trump atañe, la ausencia de una figura literaria legitimadora de su presencia en la Casa Blanca no ha sido un caso de fidelidad a las costumbres presidenciales republicanas, que nunca vieron la conveniencia de tal acompañamiento, ni tampoco de fobia a lo poético, sino más bien de repelencia por parte de la comunidad literaria de renombre que se negó en masa a compartir la ceremonia de inauguración con el nuevo mandatario. En 1963, el presidente Kennedy, en el que sería uno de sus últimos discursos antes de su asesinato, en la Universidad de Amherst, en celebración de la fundación de la Biblioteca Robert Frost, declaró que Frost sabía que «Cuando el poder corrompe, la poesía limpia [...] Cuando el poder lleva a un hombre hacia la arrogancia, la poesía le recuerda sus limitaciones. Cuando el poder estrecha las preocupaciones de un hombre, la poesía le recuerda la riqueza y la diversidad que encierra su existencia». Para el magnate convertido en 45º presidente de los Estados Unidos, al parecer, no existía ningún poema que incluyera tantas cualidades regenerativas y tuvo que conformarse con los cánticos del coro del Tabernáculo Mormón.

Trump cuenta, sin embargo, con defensores en el mundo literario e intelectual conservadores como Dinesh D'Souza, Ann Coulter, Roger L. Simon o Cal Thomas. De hecho, el 30 de octubre de 2016, 131 escritores, periodistas y profesores universitarios, entre otros, se reunían en un espacio virtual denominado *Scholars and Writers for America* y firmaban un manifiesto en el que declaraban su apoyo al entonces candidato republicano, y su unanimidad ante ciertos temas de la política y cultura norteamericanas, porque Trump era quien «podría recomponer las promesas que encerraban los Estados Unidos». Reclamaban, además, el voto de los progresistas para Trump porque era «el único camino posible para defender los principios de libertad, justicia y prosperidad» ante el declive del país. Entre los firmantes destacaban pocos poetas o novelistas, pero sí nombres de juristas, comentaristas y políticos conservadores: F. H. Buckley (*The Way Back: Restoring*

the Promise of America), John C. Eastman, (*Born in the USA? Reassessing Birthright Citizenship in the Wake of 9/11*), David Horowitz (*The Left in Power: Clinton to Obama*), Carol Swain (*Be the People: A Call to Reclaim America's Faith and Promise*), Bill Bennett (*The Book of Virtues*), R. Emmett Tyrrell Jr., (*The Death of Liberalism*) y Newt Gingrich (*A Nation Like No Other: Why American Exceptionalism Matters*), además de un largo etcétera.

Este pronunciamiento tuvo como reacción el surgimiento de otro grupo denominado *Scholars and Writers Against Trump*, integrado por 150 republicanos y conservadores independientes que se oponían a la elección de Trump como candidato por su partido a la presidencia. Bajo la iniciativa de Cherie Harder, Thomas Mallon y Andrew Hazlett, su nueva carta abierta aparecía firmada por, entre otros, Christopher Buckley, P. J. O'Rourke, Michael Burlingame, John Agresto, Ron Capshaw, Virginia Postrel, Jeff Quinton, Hannah R. Rubenstein y Troy Camplin, el único poeta en la lista. «Los abajo firmantes somos escritores, académicos, críticos, historiadores e investigadores, que hemos votado a presidentes y candidatos republicanos», iniciaba el documento para, a continuación declarar que, «dadas las alternativas que tenemos ante la elección presidencial, creemos que Donald Trump es el candidato más peligroso para los ideales fundacionales de nuestra nación, puesto que representa una amenaza especialmente directa a los principios y libertades políticos, y a los valores culturales de justicia, equidad, honradez y decencia que hemos defendido durante tanto tiempo. Os instamos a votar, tal y como nosotros haremos, por otro candidato».

Con todo y como era de esperar, el mundo norteamericano de las letras que más reconocimiento ha logrado a nivel internacional es el que se posicionó contra Trump, un cierre de filas contra un político como no ocurría desde los años de mccarthismo. En el ensayo clásico del pensamiento político y literatura del siglo XX «Politics and the English Language» (1946), George Orwell habla de cómo el abuso de ciertas imágenes, que denomina «metáforas moribundas», lleva a la decadencia del lenguaje, lo que, a su vez, conduce a paralizar la conciencia de los individuos. El autor de *Animal Farm*, antes de la invención de la posverdad, sostenía ya que el lenguaje político, fuera de la facción que fuera, respondía a la intención de hacer que las mentiras parecieran verdades y, entre otras cosas, infundir solidez al puro viento. Los muchos artículos en torno a las preocupaciones, opiniones y actividades de estos escritores liberales aparecidos poco antes y después de la elección del presidente republicano forman un arsenal que dibuja dos corrientes complementarias. Por una parte y como se ha mencionado al principio, las manifestaciones de estos creadores instigan en el lector una imagen de los Estados Unidos pretrumpianos como una utopía liberal destruida por retrógrados defensores de la supremacía blanca y destructores de los sacrosantos principios democráticos de la nación. Por otra y en paralelo, han construido un archivo legendario de cariz hagiográfico en torno a la figura de Obama. En ambos casos, se falsea la historia pasada y el presente norteamericanos, creando una

cortina de humo que impide apreciar en su justa medida las verdaderas dimensiones y consecuencias de la política nacional e internacional estadounidense pasada y presente. En ambos casos, se infunde solidez al viento, porque en ellos son casi inexistentes las críticas que conjunen la protesta rigurosa contra Trump con un análisis profundo y legitimado del verdadero impacto de la política neoliberal de Obama, tanto a nivel nacional como internacional. El comprometido «Yo acuso» zolaniano en la mayoría de los casos va unido a un «yo elogio» zafio que cierra cualquier debate sobre los verdaderos valores en jaque de la sociedad norteamericana del siglo XXI.

Entre las primeras iniciativas contra Trump llevadas a cabo desde el mundo de las letras y el arte destaca la que tuvo lugar el 24 de mayo de 2016 cuando los escritores Andrew Altschul y Mark Slouka pusieron en marcha una campaña de recogida de firmas contra el entonces candidato a la presidencia Trump. En «An Open Letter to the American People. Writers Speak Out Against Donald Trump», aparecida en la publicación digital *Literary Hub* (Lithub), expresaban sus temores ante lo que representaba esta candidatura a la presidencia:

«Porque, como escritores, somos muy conscientes de las muchas maneras en que el lenguaje puede ser sometido a la manipulación en nombre del poder; porque creemos que cualquier democracia que se precie de su nombre descansa sobre el pluralismo, acoge el desacuerdo fundamentado, y logra el consenso a través del debate razonado; porque la historia norteamericana, a pesar de haber sufrido periodos de nativismo e intolerancia, ha demostrado ser desde sus inicios una prueba extraordinaria que ha reunido y no enfrentado a gentes de diferentes procedencias; porque la historia de las dictaduras es la historia de la manipulación y división, de la demagogia y mentiras; porque la búsqueda de la justicia se basa en el respecto a la verdad; porque creemos que el conocimiento, la experiencia, la flexibilidad y la conciencia histórica son indispensables en un mandatario; porque ni la riqueza ni la fama son requisitos indispensables para que alguien hable en nombre de los Estados Unidos, dirija su ejército, mantenga alianzas o representa a sus gentes; porque la aparición de un candidato político que apela intencionadamente a los elementos más bajos y agresivos de la sociedad, que alienta la violencia entre sus seguidores, acalla a sus oponentes con gritos, intimida a los disidentes, y denigra a las mujeres y minorías, exige, de todos nosotros, una respuesta inmediata y enérgica. Por todas estas razones, nosotros, los abajo firmantes, como cuestión de conciencia, nos oponemos rotundamente, a la candidatura de Donald J. Trump a la presidencia de los Estados Unidos».

Esta carta fue firmada por más de 400 escritores, entre los que se encontraban novelistas, poetas, dramaturgos, críticos e intelectuales (Stephen King, David Eggers, Amy Tan, Junot Díaz y Cheryl Strayed, y un larguísimo etcétera).

El 17 de noviembre de 2016 Maddie Crum y Claire Fallon realizaron una encuesta a dieciocho autores en la que les preguntaban qué significaba para ellos escribir durante la presidencia de Trump. Celeste Ng, Nicole Dennis-Benn, Derek

Palacio, Alexandra Kleeman, Amber Sparks, Vanessa Hua, Nnedi Okorafor, Tracy O'Neill, Gary Soto, Belle Boggs, Sara Nović, Lidia Yuknavitch, Mohja Kahf, Karen Bender, Kim Brooks, William Keller, Julia Fierro, Lincoln Michel y Summer Brennan. En general, todos ellos consideraban que la literatura había adquirido una renovada importancia con la victoria de Trump y el triunfo de lo que sería una política nacional e internacional conservadora. El nuevo escenario les llevaba a repensar en el poder transformador de la escritura, aunque se mostraban cautos ante los peligros de caer en la mera propaganda en su lucha por dejar al descubierto las falacias de la posverdad trumpiana. El objetivo, pues, era convertirse en «escritores desagradables» y hablar por los invisibles y vulnerables de la sociedad norteamericana.

El 21 de noviembre *The New Yorker* ofrecía una serie de ensayos de dieciséis escritores sobre los nuevos Estados Unidos de Trump. George Packer escribía sobre la oposición demócrata, Atul Gawande sobre el futuro del Obamacare, Hilary Mantel sobre la realidad que escondía, Peter Hessler sobre el voto rural, Toni Morrison sobre el racismo blanco, Jane Mayer sobre la negativa de Trump a aceptar la realidad del cambio climático, Evan Osnos sobre Arnold Schwarzenegger como precedente, Jeffrey Toobin sobre la Corte Suprema, Mary Karr sobre el lenguaje del odio y violencia, Jill Lepore sobre la ruptura nacional, Gary Shteyngart sobre la vida en un mundo distópico, Nicholas Lemann sobre Wall Street, Larry Wilmore sobre la verdadera identidad de los norteamericanos, Jia Tolentino sobre las protestas, Mark Singer sobre la capacidad actoral de Trump y Junot Díaz sobre la resiliencia radical.

Unos meses más tarde, con posterioridad a la elección pero antes de la toma de posesión como presidente, aparecieron incontables artículos en prensa escrita y digital, así como movilizaciones ciudadanas por parte de algunas organizaciones culturales que parecían despertarse de un largo letargo en el que habían dormido el sueño feliz del mundo obamiano. El 15 de enero de 2017 el PEN America convocó una manifestación en la escalinata de la Biblioteca Pública de Nueva York bajo el auspicio de *Writers Resist*, una asociación nacional de escritores creada por la poeta Erin Belieu, que como reza en su página web, tiene por objetivo la defensa de los ideales de una sociedad democrática. Para este grupo, «Nuestra democracia se encuentra en peligro. El creciente cinismo político y un alarmante desprecio hacia la verdad están erosionando nuestros más respetados ideales democráticos. Como escritores tenemos un enorme poder para evitar la vacuidad del discurso político y llevar la atención pública hacia los ideales de una sociedad libre, justa y compasiva». Asimismo, la hoja de ruta que despliega la organización con el fin de «proteger y defender de la mejor manera contra el desgaste de la justicia social y el proceso democrático», se centra en tres campos esenciales en los que los escritores pueden ejercer una mayor influencia e inspiración: «Debemos dar más importancia a la literatura que gira en torno a la política democrática; educar a los jóvenes para que asuman su responsabilidad como

futuros ciudadanos; y movilizar a los escritores que quieran poner su pluma al servicio de la política».

Erin Belieu –cofundadora y codirectora con la también poeta Cate Marvin de *VIDA: Women in the Literary Arts*– realizó en Facebook una llamada con el fin de realizar actividades en todo el país, coincidiendo con la celebración del nacimiento de Martin Luther King Jr., el 15 de enero. «No cederemos a la desesperación. Nos uniremos y ayudaremos a construir el mundo en el que queremos vivir. Nos han doblegado, pero no roto», escribió en términos que recordaban la retórica de los Derechos Civiles. A la manifestación de Nueva York se unieron otras muchas en otras ciudades importantes del país. Los continuos desplantes, insultos y desconsideraciones de Trump y de sus correligionarios contra la prensa reunieron a más de dos mil artistas en esta jornada de protesta y reivindicación de la libertad de expresión y de prensa. Entre los congregados se hallaban los poetas laureados Rita Dove, Robert Pinsky, la dramaturga Eve Ensler, el escritor y dibujante Art Spiegelman –el autor de *Maus*, la célebre novela gráfica sobre el Holocausto–, la escritora afroamericana de literatura infantil y juvenil Jacqueline Woodson, las cantantes Rosanne Cash y Morley, y un grupo de jóvenes cantantes y bailarines, Broadway Kids Against Bullying.

Andrew Solomon, el presidente del America PEN y profesor de psicología clínica en la Universidad de Columbia, leyó un texto titulado «Resisting the New Order». Solomon iniciaba su elocución declarando que, como escritor, su voluntad sería la de resistir. A continuación pasaba revista a las muchas razones que justificaban el desconcierto ante el nuevo presidente: su falta de dignidad, generosidad y capacidades, los sorprendentes nombramientos, su falta de preocupación ante determinados conflictos de intereses, su crueldad ante los pobres, su negativa a reconocer la realidad del cambio climático, y su autoritarismo. Reunidos para defender la primera enmienda, Solomon reivindicaba el derecho a la libre expresión ante las tácticas y amenazas silenciadoras de Trump, hecho inaudito desde la fundación del país, en especial, su censura a la opinión pública. Su retórica del odio ilegaliza cualquier disidencia tal y como Mao o Stalin habían perseguido a los intelectuales y a cualquiera de sus oponentes, de manera que, manifestaba Solomon, «somos la zona cero en su lucha por el poder absoluto». A continuación y para concluir, relataba una anécdota en la que un amigo sudafricano, que había vivido el apartheid, le auguraba la rapidez con la que el estupor que se experimentaba en aquellos momentos previos a la jura del cargo, desaparecería para dar paso al conformismo. Solomon, sin embargo, declaraba que ese proceso de resignada aceptación no ocurriría: «Seguiré sintiéndome consternado y seguiremos sintiéndonos consternados. Seguiré consternado ante cualquier atropello que sufra nuestra libertad y, en especial, a las libertades de la primera enmienda. Y pido a todos los que están hoy aquí reunidos que se comprometan conmigo y que prometan sentirse consternados por el horror al que nos estamos enfrentando, y que luchen por la libertad, por la libertad de expresión, por la

primera enmienda y por la dignidad en Estados Unidos y en el gobierno». Como otros participantes en el acto, la poeta Meena Alexander leyó uno de sus textos, el poema «Winter Light», y manifestó a un periodista de NBC News: «Recordad y no olvidéis el poder y la creatividad de compartir las palabras, su capacidad para remendar y reconstruir el tejido de este frágil mundo que compartimos». La convocatoria finalizó con la marcha de Solomon y de Suzanne Nossel, la directora ejecutiva de PEN America, junto con los reunidos a la Torre Trump con el objetivo de entregar al equipo del presidente-electo el documento por escrito en el que se comprometían a defender la libertad de expresión, validado por más de 150.000 firmas.

Las opiniones de los escritores no van más allá de la expresión personal de estos como individuos y ciudadanos, y no debería confundirse la locuacidad pública de muchos de ellos con el valor de sus obras literarias, que poseen vida propia más allá de sus creadores. Ahora bien, sin adentrarnos en el debate sobre las relaciones entre los intelectuales, escritores o creadores y el poder, sí que cabe destacar el inusitado activismo que han manifestado muchos escritores norteamericanos durante este primer año con la intención de contrarrestar las promesas y primeras actuaciones políticas de Trump.

El mismo 15 de enero de 2017, *The Guardian* publicaba un artículo firmado por Robert McCrum en el que seis escritores hablaban de cómo estaban respondiendo ante la transformación del país tras la elección de Trump. Ariel Levy, Richard Ford, Marilynne Robinson, Walter Mosley, Malcolm Gladwell y Lionel Shriver. De entre este variado grupo, Robinson, la autora de una imprescindible novela sobre la superación del dolor de la ausencia y la pérdida, *Housekeeping*, es quien más se ha manifestado a favor del expresidente Obama. Además de amiga personal y autora preferida del exmandatario, Robinson ha contribuido poderosamente a la construcción de la imagen de Obama como político estrechamente ligado al mundo literario, como protector de las letras y humanidades, y como escritor. Desde la prudencia y un recalcitrante optimismo, la autora reconoce que hace falta mucho más que un Trump para disolver los férreos valores norteamericanos, e incluso que su elección puede servir como reactivo contra el enmudecimiento y pasividad de muchos ciudadanos y, en especial, de todos aquellos que forman parte de la comunidad literaria. Para Robinson, es la integridad ética del individuo el único garante de la democracia auténtica, por lo que los no votantes de Trump son los llamados a ejercer el papel de la resistencia. Para Richard Ford, el panorama no resulta tan halagüeño. El padre de Frank Bascombe confiesa su aturdimiento ante un resultado que creía imposible, y el desconocimiento de los verdaderos sentimientos de sus conciudadanos. «Es un momento oscuro de la historia norteamericana», declaraba. Walter Mosley, autor afroamericano de novela negra, manifestaba que la elección de Trump era un traspie necesario. Para Mosley, su propio futuro como escritor dependía de las actuaciones del nuevo presidente, y anunciaba su intención de dejar a un lado la ficción y dedicarse al

activismo literario en caso de agravarse la situación política. Para Ariel Levy, columnista de *The New Yorker* y autora de *Female Chauvinist Pigs*, la situación ofrece nuevas oportunidades mientras se conserve la libertad de prensa.

El mesianismo que envolvió la actitud de estos escritores y organizaciones literarias desde los días previos a la toma de posesión de Trump, continuó durante los meses siguientes transformándose en un redentorismo exasperado y rayano en el idealismo. El 21 de febrero de 2017 un grupo de sesenta y cinco escritores y artistas norteamericanos y de otros países firmaron una carta dirigida a Trump en la que se le pedía que rescindiera su orden ejecutiva del 27 de enero anterior, y que se abstuviera de presentar cualquier otra medida similar que dañara la libertad de movimiento e intercambio mundial de ideas, con el fin de evitar el aislacionismo e enriquecimiento cultural del país. Si se coarta la posibilidad de que los creadores se desplacen entre los países, se alienta el silenciamiento de las voces críticas, manifestaba el escrito. Esta petición que intentaba revocar la prohibición a la entrada en el país de visitantes e inmigrantes de siete países musulmanes se unía a la campaña en defensa de la libre expresión iniciada por el PEN América. La prohibición se proclamaba en un momento en el que resultaba indispensable un diálogo intercultural vibrante y abierto en la lucha contra el terror y la opresión. La carta añadía a continuación que la restricción se oponía a los valores de Estados Unidos y las libertades que defiende. Por otra parte, impedir que artistas internacionales contribuyan con su creatividad a la vida cultural de Estados Unidos no convertiría al país más seguro y sí dañaría su prestigio e influencia a nivel internacional. Entre los artistas e intelectuales firmantes se hallaban algunos ganadores del Premio Nobel de literatura como Orhan Pamuk y J. M. Coetzee, así como otros conocidos mundialmente: Anne Tyler, Paul Auster, Siri Hustvedt, Martin Amis, Sandra Cisneros, Philip Roth, Jane Smiley, Jonathan Franzen, Jay McInerney, Margaret Atwood, Zadie Smith, Art Spiegelman, Elizabeth Strout, Kwame Anthony Appiah, Teju Cole, Alice Sebold, Esmeralda Santiago, Jeffrey Eugenides, Khaled Hosseini, Chimamanda Adichie, entre otros.

Unas semanas más tarde, el 10 de marzo, John Williams en el artículo «Distinguished Writers Debate Sense of 'Mission' in Trump Era», aparecido en *The New York Times*, daba cuenta de lo sucedido en la reunión anual del PEN America, y de las opiniones de una serie de escritores respecto al papel del periodismo y la literatura bajo la presidencia de Trump. Suzanne Nossel, la directora ejecutiva de la organización y moderadora de la mesa, manifestó: «Se nos están cuestionando todas las facetas de nuestra misión». El novelista Daniel Alarcón, por su parte, explicó en qué consistía para él lo que denominó un «ejercicio valioso»: intentar entender unos puntos de vistas diferentes al propio, por muy difícil que sea. El novelista Dinaw Mengestu, de origen etíope y autor de *The Beautiful Things That Heaven Bears* (2007), manifestó que el candidato al que se vota no representa la totalidad de lo que uno es. Andrew Solomon, el presidente de PEN America, resumió los dos objetivos a los que se enfrentaba la izquierda: ganarse a aquellos

que habían votado a Obama en 2012 y que en 2016 había apoyado a Trump, infundir ánimos a los que él consideraba de su parte, los opositores de Trump. Masha Gessen, autora de origen ruso y columnista en *The New York Times*, se quejó de la obsesión con el papel que Rusia podría haber desempeñado en la elección de Trump y de cómo estaba convirtiéndose en una especie de cortina de humo para ocultar temas de más calado en la vida política nacional. Por último, Mona Eltahawy, una periodista norteamericana de origen egipcio y autora de *Headscarves and Hymens: Why the Middle East Needs a Sexual Revolution*, destacó por ser la única cuya voz discordante de entre las de sus colegas al declarar que lo realmente importante era no ser políticamente correcta. Eltahawy se negó a aceptar la complacencia que despertaban entre la audiencia las opiniones de sus colegas en la mesa de debate respecto a la solidaridad intercultural. Ante la confianza de Solomon en el poder de la literatura para cambiar perspectivas sobre la injusticia y la desigualdad, Eltahawy afirmó que en general el tipo de relatos a los que el presidente de PEN America se refería establecían una clasificación entre musulmanes malos y buenos, y que estos últimos se limitaban a ser sujetos de fiar porque escondían un drama en su vida que instaba al lector a concederles el derecho a la categoría de seres humanos. Su paciencia, al parecer, llegó al límite cuando se vio obligada a responder a un público, en su mayoría blanco y de clase media, a la pregunta de qué tácticas seguir para contrarrestar los atropellos de Trump. Eltahawy les recordó lo afortunados que habían sido de gozar del privilegio de desatender hasta entonces la situación política del país, y aconsejó a sus oyentes que continuaran luchan con más ahínco.

Las campañas literarias de protesta en torno al nuevo presidente también se preocuparon de recomendar a los lectores una serie de novelas que ayudaran a entender el drástico cambio que, según la izquierda liberal, había experimentado el país. Estos títulos surgían de las listas de ventas de plataformas como Amazon, que se vieron inundadas de peticiones relacionadas con novelas de géneros como la ciencia ficción o la distopía, si bien, también reconocían el renovado celo por los libros escritos por el propio Trump sobre cómo triunfar en los negocios, o por títulos como *El manantial* o *La rebelión de Atlas* de Ayn Rand, la inspiradora de movimientos ultraconservadores, como el Tea Party. En el momento de su publicación, 1987, *The Art of Deal*, el manifiesto personal de Trump sobre cómo lograr el éxito, había permanecido más de un año en la lista de los libros más vendidos de *The New York Times*. «No lo hago por dinero», empezaba este manual para el más común de los mortales, y continuaba diciendo: «Tengo suficiente, más del que jamás me hará falta. Lo hago para hacerlo. Los negocios son mi forma de hacer arte. Otros pintan maravillas sobre un lienzo o escribe poemas preciosos. A mí me encanta hacer negocios, preferiblemente negocios grandes. Así es como me gusta divertirme. A muchos les sorprende la forma que tengo de trabajar. Trabajo sin agobios. No llevo maletín. No intento programarme demasiadas reuniones. Dejo la puerta abierta. No se puede ser imaginativo ni tampoco

emprendedor si te obsesionas con la organización. Prefiero ir a trabajar y ver cómo se desarrolla el día».

Los Estados Unidos tras noviembre de 2016 se habían sumido en un caos apocalíptico que bien podía identificarse con los paisajes catastróficos típicos del género de la distopía. A partir de enero, pues, empezaron a aparecer listados de textos que, de una manera u otra, eran considerados como premonitorios del régimen instaurado por el mandatario republicano. El 29 de enero de 2017 Brian Wheeler en «The Trump era's top-selling dystopian novels» explicaba ya cómo muchos de estos títulos descatalogados en colecciones como Penguin volvían a experimentar una enorme demanda. La coincidencia temática de las obras con la cronología actual no había pasado desapercibida a las casas editoriales que, ahora, los publicitaban como libros que habían preconizado la era Trump. Uno de los primeros en esta lista era *It Can't Happen Here* de Sinclair Lewis, seguido de *1984* de George Orwell, *Brave New World* de Aldous Huxley, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury y *The Handmaid's Tale* de Margaret Atwood. Cabe destacar la coincidencia de fecha de emisión de una nueva serie televisiva basada en esta novela, con guión de Bruce Miller, y que se estrenó el 26 de abril de 2017.

El 30 de marzo, Alexandra Alter en su artículo «Boom Times for the New Dystopians», en el *The New York Times*, recogía una serie de novelas pertenecientes a un nuevo género de la ficción distópica. Publicadas durante los primeros meses (febrero-abril) de 2017, tienen todas como protagonista a unos Estados Unidos post-apocalípticos, y que, según Alter, «canalizan las ansiedades actuales del país, con unos argumentos que giran en torno al cataclismo que acarreará el calentamiento global, la desigualdad económica, la polarización política y el fin de la democracia». En realidad, el tema que las hermana es el de «la situación puede parecer mala, pero podría empeorar mucho más, muchísimo más». El primero de estos títulos era *American War* de Omar El Akkad, en el que el país ha sido aniquilado por una guerra civil acompañada por matanzas con drones, ataques suicidas y la devastación producida a raíz del cambio climático. *The Book of Joan* de Lidia Yuknavitch se sitúa en el año 2049, un momento en que el planeta ha sido destruido por las guerras y el cambio climático, y los ricos se han refugiado en un complejo interestelar bajo el mando de un multimillonario famoso que continúa aprovechándose de los pocos recursos que quedan en la Tierra. *Void Star* de Zachary Mason describe cómo la subida del nivel de las aguas, debido al cambio climático, han inundado buena parte de las zonas habitadas y el planeta ha quedado reducido a una serie de suburbios míseros en San Francisco y Los Angeles, mientras que los poderosos sobreviven gracias a unos ejércitos privados y tratamientos médicos que les protegen de las nuevas enfermedades, al tiempo que la diferencia entre los humanos y las máquinas se desdibuja. Otras novelas dedicadas a narrar los efectos catastróficos del cambio climático es *New York 2140* de Kim Stanley Robinson y *Walkaway* de Cory Doctorow. La primera describe una Nueva York casi sumergida bajo las aguas del Atlántico, mientras que la segunda

narra la huida del protagonista y su búsqueda de un nuevo sentido existencial en contra de un sistema de control y vigilancia establecido por la oligarquía dominante en un mundo atezado por un clima extremo, las diferencias económicas y la desaparición de la sociedad civil. Todas estas novelas recogen, pues, un buen número de cuestiones polémicas actuales, políticas, civiles, económicas y ambientales, y son llevadas a un extremo, lo que inexorablemente desemboca en guerras, cataclismos y, finalmente, en la destrucción de la civilización presente y en la instauración de nuevos regímenes totalitarios donde el individuo lucha por sobrevivir.

Además de estos títulos clásicos, Chris Taylor, a principios de febrero, recuperaba una novela olvidada, *The White House Mess* de Christopher Buckley. Publicada en 1986, esta historia satírica estaba ya protagonizada por un presidente parecido a Trump –Thomas N. Tucker, conocido por sus iniciales como TNT– y que desencadena el caos durante las dos primeras semanas de su mandato al amenazar a Australia, establecer planes para invadir México e imponer una ley anti-terrorista que, contrariamente a lo esperado, facilita la entrada de terroristas en el país.

A partir de la toma de posesión de Trump como presidente, han empezado asimismo a aparecer obras reseñadas con el titular específico de «la primera obra de la Era Trump». El 13 de febrero Michael Robbins en *Chicago Tribune* declaraba que *Shadowbahn* de Steve Erikson tenía el honor de merecer ese calificativo, a pesar de que la novela había sido concebida y escrita antes de la aparición de Trump como posible candidato presidencial. El 30 de marzo Alexandra Alter, en el artículo mencionado con anterioridad, destacaba *NK3* de Michael Tolkin, publicada en febrero de 2017, como otro texto distópico que examina lo que ocurriría si a la humanidad se la desposeyera del recuerdo del pasado. En la ciudad de Los Angeles, donde las icónicas letras de Hollywood han quedado reducidas a H LYW OD, sus habitantes han sido eliminados por un arma bacteriológica que se ha extendido al mundo entero y que ha borrado la identidad humana. De hecho, en una reseña promocional del libro, Chris Kraus, coautor junto a Sylvère Lotringer de una antología de textos sobre los años de 1974-2002 titulada *Hatred of Capitalism: A Reader* (2001), declaraba que resultaba tentador llamar *NK3* el primer libro de la Era Trump. Y el 9 de mayo Sophie Gilbert repetía el mismo titular en *The Atlantic* en su reseña de *Pussy* de Howard Jacobson, una «brutal sátira».

Ante este escenario en el que los escritores de reconocido prestigio prestan sus voces para condenar el presente resucitando manidos mitos de excepcionalismo nacional, por una parte, y por otra, de nostalgia por los años pasados obamianos, cabe esperar que alguien reaccione desmontando esta inercia retórica de sublimación y aquiescencia. Lu Xun, el considerado mejor escritor de la China del siglo XX, contaba que su vocación literaria despertó cuando, siendo un estudiante de medicina en Tokio, contempló una diapositiva en la que se mostraba la decapitación de un joven chino por un soldado japonés, mientras la escena era obser-

vada con apatía por una muchedumbre de chinos. Lu Xun se dio cuenta entonces que lo que sus compatriotas necesitaban con urgencia no era una solución a sus sufrimientos físicos sino una cura revulsiva para el espíritu. De entre las voces literarias que no han seguido la estela del trillado ritual de consternación ante la presencia de Trump en la Casa Blanca y que se han desmarcado de las actitudes tenebristas reinantes entre la intelectualidad norteamericana desde posición crítica al conservadurismo y al neoliberalismo, destacan algunas de autores con una sólida trayectoria literaria.

La primera en manifestarse en este sentido y con un cierto grado de solvencia fue la canadiense Margaret Atwood. El 18 de enero de 2017, en un artículo en *The Nation*, «What Art Under Trump?», Atwood escribía que aquellas sociedades que priman lo económico suelen cuestionar la función del arte, y recordaba cómo, durante la Guerra Fría, fueron muchos los escritores, cineastas y dramaturgos que el FBI vigiló bajo la sospecha de realizar «actividades anti-americanas», y si la situación de censura podría llegar a repetirse en los Estados Unidos de Trump. Ante ese temor, los distintos grupos de artistas y creadores se autoexigían continuar con su lucha. El problema radicaba en qué o sobre qué escribir o crear. Si el periodo de la Gran Depresión había sido inmortalizado por John Steinbeck con *Las uvas de la ira*, y la caza de brujas y falta de libertad de expresión de la América del mcarthismo había sido capturada por Arthur Miller con *Las brujas de Salem (El crisol)*, la autora de *El cuento de la criada (The Handmaid's Tale, 1985)* y premiada en su versión televisiva (2017), se preguntaba qué obras (literarias, musicales, cinematográficas, pictóricas, etc.) serían capaces de reflejar con un cierto tino los Estados Unidos de 2017 en adelante. «No tenemos idea todavía. No podemos tenerla porque lo único predecible es lo impredecible». De lo que no hay duda es que el interés de Trump por las artes, medido en una escala del uno al cien, estaría entre cero y menos diez, el más bajo alcanzado por un presidente en los últimos cincuenta años, porque este mandatario no siente ninguna necesidad política de disimular. Y, por otra parte, el país cuenta con una larga historia de disidencia y resistencia, capaz de contrarrestar cualquier medida de presión o de autoritarismo. Atwood, sin embargo, destacaba la equiparación automática de arte con progresismo, y señalaba los peligros existentes en unas manifestaciones artísticas abocadas irremediable y exclusivamente a la protesta y propaganda, sea del signo que sea. Ante estos riesgos, algunos géneros como el de la sátira social a lo Swift, la ciencia ficción o la narrativa testimonial, tradicionales en momentos históricos que requerían una exploración reflexiva, podrían ser útiles. Ahora bien, por ahora, lo que cabría esperar de los artistas es lo que siempre se ha esperado de ellos: que mientras las creencias que parecían imperecederas se desmoronan, sigan cultivando su «propio huerto artístico», es decir, que sigan haciendo todo lo que saben hacer, mientras puedan y durante el tiempo que puedan, que sigan creando mundos alternativos que ofrezcan tanto espacios de huida como momentos de reflexión, que sigan abriendo ventanas en el mundo que nos permitan ver más allá. Como

ha ocurrido siempre en momentos de crisis o de pánico, en la era Trump también serán los artistas y los escritores los que nos recuerden que somos algo más que un voto, una cifra en las estadísticas. «A lo largo de la historia», declaraba Atwood, «se ha esperado que la obra artística exprese, para su tiempo y sus gentes, de la manera más contundente y elocuente, lo que significa ser persona».

Otro escritor que se ha pronunciado durante este primer año ante la nueva situación política y que ha demostrado ser capaz de no dejarse llevar por consignas catastrofistas sobre el futuro desconocido trumpiano ni por eslóganes pesarosos sobre el pasado obamaniano es Paul Beatty. El 22 de enero de 2017, Beatty ofrecía una entrevista en Jaipur, India, a Vidhi Doshi, publicada en *The Guardian*, en la que el escritor afroamericano se mostraba tajante: «Para mí, la América de Trump ha existido siempre». Beatty fue el ganador del premio Man Booker Prize de 2016 con la novela, *The Sellout* (2015), publicada en castellano por Malpaso, con traducción de Íñigo García Ureta con el título de *El vendido*. *The Sellout*, una de las mejores novelas de los últimos años, es una brillante y lúcida reflexión desde el humor negro y la sátira sobre las relaciones raciales en unos Estados Unidos que fueron, tras la elección de Obama como primer presidente afroamericano, denominados la América post-racial. Para Beatty, la xenofobia, el miedo y la inseguridad reinantes en los Estados Unidos y la propia victoria de Trump no son nada nuevo, si bien lo realmente alarmante es la manera en que están propagándose. Lejos de unirse al mayoritario grupo formado por aquellos liberales que se habían sentido consternados y horrorizados desde el anuncio de los resultados electorales, Beatty declaraba que, para él, la Norteamérica que Trump representaba no era nada nuevo ni excepcional, sino que continuaba siendo el país de siempre. «La situación no es ninguna novedad», declaraba Beatty. «Eso es lo que me resulta tan falso. Cuando la gente va y dice que no reconoce el país. Y yo les respondo que dónde vivían. Eso es lo que me mata. Respecto a la violencia policial la gente dice que bueno, no sé. Y es como si, después de tantísimos años de tenerlo en frente, delante de tus narices, va y ahora la gente dice de repente que por qué está ocurriendo esto ahora». Al contrario que para muchos, para Beatty, la presidencia de Obama no significó ningún gran cambio. El escritor siempre cuestionó –y buena prueba de ello es *El vendido*– la imagen amable de mejora en las relaciones raciales. Para la gran mayoría de los estadounidenses no blancos, la Norteamérica en la que han nacido, crecido y vivido durante la segunda mitad del siglo XX y primeros años del siglo XXI apenas se diferencia de la América que Trump simboliza. Como recoge Doshi en su entrevista, Beatty recalca, desde una actitud de distanciamiento y profunda crítica, que siempre se ha sentido un paria, un marginado en su propio país: «A lo mejor es que no me siento aceptado, y eso hace que no me sienta dolido. No soy patriota. Es mi país, el sitio en el que crecí, pero no me siento dolido. No tengo esa relación de padre-hijo con este país. Es como si mi madre me echase a patadas de mi casa. Eso me dolería. Pero de ninguna manera puedo decir que tenga esa relación con

el gobierno ni con el resto de norteamericanos». Para el escritor, el futuro que el gobierno Trump puede deparar a los afroamericanos será aún peor de lo que ha sido hasta el momento. La falta de responsabilidad y la ceguera ética son los dos factores responsables de la situación política, y deposita su esperanza en las protestas de los ciudadanos, cuyas palabras de resistencia son las únicas capaces de contrarrestar los estragos retóricos de Trump.

Otros pocos escritores han compartido la visión de Beatty. El 15 de enero en el antes mencionado artículo de Robert McCrum en *The Guardian*, dos autores se desmarcaban de las líneas trazadas por sus compañeros de reportaje: Malcolm Gladwell y Lionel Shriver. Malcolm Gladwell, autor de bestsellers como *The Tipping Point (La frontera del éxito, Espasa Calpa 2001)* y *Blink. Inteligencia intuitiva. ¿Por qué sabemos la verdad en dos segundos?* (Taurus, 2005), acogía con resignación, e incluso una cierta dosis de agrado, el frenesí desencadenado por el trumpismo. Gladwell es uno de los pocos escritores capaces de admitir que, ante el genio retórico de Obama, «los escritores perdieron la lengua», y que la situación presente había hecho posible que la recuperaran y la utilizaran como nunca antes. El periodista esperaba que, como había ocurrido con el último matón en la historia norteamericana, McCarthy, Trump acabe por agotar la paciencia de sus compatriotas y que estos le paren los pies.

Por su parte, Lionel Shriver, autora, entre otras, de *We Need to Talk About Kevin* (2003) (*Tenemos que hablar de Kevin, Anagrama*), una novela que cuestiona la inocencia innata, destaca el lado positivo de Trump como espectáculo y el potencial que encierra para la imaginación perversa de alguien que, como ella, ha querido hurgar en la faceta distópica del país. Para Shriver, el nuevo presidente no significa el fin del mundo, sino un momento de transición al que el sistema y los norteamericanos sobrevivirán, en buena parte, gracias al humor y no la indignación que muestran buena parte de la izquierda. La autora confesaba que había buscado refugio en la novela de Sinclair Lewis, *Elmer Gantry*, una sátira de 1926, en la que el autor criticaba el fundamentalismo religioso de la época, sirviéndose de un protagonista que, del materialismo más crudo, se convertía en un afamado reverendo metodista, capaz de combinar una vida de disipación con el evangelismo. De hecho, la novela de Shriver *The Mandibles: A Family, 2029-2047*, publicada a principios de 2016 y escrita mucho antes de que Trump fuera incluso candidato a la presidencia por el partido Republicano, aparece como una distopía que narra a través de las vivencias de una familia cómo los Estados Unidos llegan al colapso económico y casi a una apocalíptica destrucción.

El 6 de abril de 2017 Shriver publicaba, además, en el número de primavera de *New Statesman*, el relato «Making America Great Again», el primer texto realmente inspirado en estos primeros momentos de la Edad de Trump. La narración es una punzante sátira dirigida a la hipocresía y cinismo de la izquierda neoliberal. En una cena informal, organizada por una pareja de bienpensantes neoyorquinos de Brooklyn, se reúnen personajes de distinto pelaje ideológico tras la toma de posesión de

Trump como presidente. Los anfitriones y sus amigos se muestran indignados ante el estado de la nación: «Estados Unidos es uno de los experimentos políticos más importantes en la historia de la humanidad, y ahora va acabar en una ignominia, no sólo en una farsa, sino en el fascismo», declara un personaje al que otro replica que «en realidad, si esto sigue así acabaremos en una guerra civil». «A mí no me importaría eso si realmente acabara en una división. Y ahí es donde necesitamos las vallas. A lo largo de la costa este y la costa oeste, para dejar aislados a los subnormales del medio», retruca otro dejando ver abiertamente los prejuicios de clase. Entre los invitados a esta caricaturesca cena, sin embargo, se encuentra Dina, una conocida de la clase de pilates a la que asiste la anfitriona, que acaba de trasladarse con su marido, quien se ha negado a aceptar la invitación, desde Wisconsin a Nueva York. Dina es la provinciana que muestra su «otredad» tan lingüísticamente como culturalmente en una serie de comentarios desternillantes que ponen de manifiesto el distanciamiento entre la América profunda y las élites metropolitanas. A medida que avanza la reunión y los comentarios contra Trump y su política ambiental van adquiriendo mayores dimensiones, Dina estalla y confiesa públicamente que ha votado al republicano. Las reacciones de rechazo por parte de los reunidos se hacen eco del variado arsenal de críticas al mandatario, casi rozando algunas de ellas la violencia contra la votante, quien se defiende dejando patente la vacuidad y ridiculez de las acusaciones para al final abandonar la reunión. Los presentes, aliviados por la marcha de quien ponía en jaque el consenso ideológico liberal de sus actitudes, siguen desgranando su activismo antitrumpiano con una serie de medidas reconfortantes (organización de marchas y manifestaciones) descubren su hipocresía e ilustran la incapacidad real y desgana de operatividad política de las clases neoliberales. Las contradicciones de estos personajes, su profunda ceguera y su radical intolerancia ante lo diferente se revelan en el final del relato cuando la anfitriona declara que piensa cambiarse a otra clase de pilates en la que no haya tantos blancos de buena posición, a otra con «más diversidad».

Los pronunciamientos contra Trump lanzados por los integrantes del mundo literario y artísticos se han visto acompañados, como se ha mencionado con anterioridad, de otros a favor del presidente saliente. En publicaciones de primera fila y gracias a periodistas y escritores de gran renombre se ha remodelado la administración Obama, como una corte augusta, un protectorado de las letras, donde han rendido vasallaje en aras de una auténtica y sincera admiración, en ocasiones, aunque en otras, de mera ambición por ver el propio nombre unido al del primer presidente afroamericano de la historia estadounidense.

El 10 de diciembre aparecía en *The Guardian* una recopilación panegírica sobre el legado de Obama, en la que una serie de escritores profundizaban en lo que los años presidenciales del afroamericano habían significado. Joyce Carol Oates, Siri Hustvedt, Richard Ford, Attica Locke, Edmund White, Marilynne Robinson, Garth Greenwell, Lorrie Moore, Hanya Yanagihara, Gary Younge Lionel Shriver, Jane Smiley, Candance Allen, Benjamin Markovits, y Cynthia Bond, unos con

más reverencia, otros con más cautela, aportaban sus opiniones, si bien todos coincidían en un sentimiento de añoranza por los valores éticos que Obama había intentado defender dentro y fuera del país, y que Joyce Carol Oates, resumiendo que Obama es «un ser humano único y ha sido un presidente único».

En el archivo hagiográfico obamiano que se ha ido construyendo en los últimos meses destacan varios momentos, si bien los más insignies son los textos escritos por los escritores Marilynne Robinson y Ta-Nehisi Coates, y la ahora ex-directora literaria del *New York Times* Michiko Kakutani. Robinson, en «A Proof, a Test, an Instruction: Obama is ours in the deep sense that Lincoln is ours», aparecido el 5 de diciembre en *The Nation*, envuelve a Obama en un halo de beatitud, y afirma que Obama pertenece a los norteamericanos de la misma forma en que Lincoln les pertenece, pues ambos han representado una prueba, un examen, y enseñanza. Los estadounidenses se ven en él y en él abrazan o rechazan lo que son. La escritora reconoce el enorme peso de la presidencia, más cuando, para ella, Obama surge como figura solitaria, un regalo de la historia, y declara que «haberse mostrado inquebrantablemente digno, compasivo, competente y humano bajo tales presiones es un logro conmovedor, un empeño que es más que heroico». El 16 de enero de 2017, cuatro días antes de la jura de cargo de Trump como presidente, el *New York Times* publicaba una entrevista al presidente saliente a cargo de Michiko Kakutani, la entonces temida crítica literaria del periódico. Kakutani no escondía su admiración, casi embeleso ante un presidente que se distinguía por ser el único mandatario presidencial formado y moldeado gracias a la literatura hasta el momento, característica que le hacía único desde su antecesor Lincoln en el siglo XIX.

El clímax de este fenómeno de ensalzamiento de Obama como político humanista, hombre de letras y protector de las artes y artistas, se ha alcanzado con la aparición en la publicación digital *Harvard Review Online* de lo que lleva por título *Renga for Obama*, antología colaborativa a cargo de Major Jackson, poeta afroamericano y académico, que se inició el día después en que el mandatario abandonara la Casa Blanca, el 21 de enero de 2017, y que va aumentando a razón de dos participaciones al día. Tomando como modelo una forma poética japonesa, dos poetas componen conjuntamente un haiku de tres versos, seguido de un pareado, llamado waki de dos versos, que responde al haiku. Como suscriben los participantes en la presentación: «Nos estamos embarcando en un proyecto literario de proporciones históricas, un proyecto que expresa el profundo sentimiento de gratitud que sentimos hacia un líder político moderno que es moderado, juicioso, compasivo y de carácter letrado. Aunque algunos no estemos de acuerdo con todas las decisiones que ha tomado a lo largo de los últimos ocho años, la ejemplaridad con la que ha ejecutado su deber representa lo mejor de nosotros mismos y de nuestra esencia: una nación unida por una alta consideración a la libertad y a las artes como portadoras de nuestros más valiosos tesoros. El primer poema en la lista, firmado por Robert Pinsky y Carol Muske Dukes dice así:

Sanar en invierno
té de flor de lava—su madera
perdura como el laurel.

Isleño, brote en la lava fría.
Tú, Presidiendo, coronado por el laurel.

El panegírico obamiano alcanzó cuotas muy altas con la publicación en el número de enero/febrero de un artículo extenso del escritor afroamericano Tanehisi Coates titulado «My President Was Black: A History of the First African American White House—and of What Came Next» en *The Atlantic*. Coates es autor, entre otras obras, de *Between the World and Me: Notes on the First 150 Years in America*, Premio nacional de no ficción en 2016. Publicada en castellano con traducción de Javier Calvo por Seix Barral, con el título de *Entre el mundo y yo*, es una carta de un padre negro a su hijo en la que recoge una reflexión sobre la realidad racial norteamericana. Coates, colaboradora habitual de *The Atlantic*, inicia su artículo sobre Obama con una cita de *El Gran Gatsby* que es ya toda una declaración de principios cultistas a la figura del presidente saliente, en la que Nick Carraway, rendido admirador del Gatsby heroico y solitario al final de la novela se dirige a él, mostrándole toda su reverencia: «'No son más que una gentuza miserable', le grité desde la otra parte del jardín. 'Tú vales más que toda esa maldita pandilla junta'». Para Coates, Obama es el responsable de que, por primera vez en su vida, se haya sentido orgulloso de su país, un sentimiento que se repitió al observar al presidente que siempre esperaba lo peor y se asombraba de que lo peor nunca llegara, y al contemplar, durante la primera ceremonia de juramento de cargo, cómo los Obama, en su paseo en coche por la avenida Pennsylvania, «se bajaron de la limusina, dejando atrás el miedo, sonriendo, saludando, desafiando la desesperación, desafiando la historia, desafiando la gravedad».

Además de estas manifestaciones, el mundo editorial ha publicado una serie de colecciones poéticas como primeras respuestas literarias a la hecatombe política, todas ellas inspiradas en la firme convicción de que en un momento en que el lenguaje se ve adulterado y los significados amenazados, la poesía se convierte en el arma más poderosa de contraataque. La primera, aparecida en enero de 2017, *Poems for Political Disaster* (Boston Review), es una colección de poemas desde principios del 2000 hasta diciembre de 2016, momento decisivo en el que se produce una ruptura política, según los siguientes participantes: Peter Gizzi, Mary Jo Bang, Craig Santos Perez, Dara Wier, Khadijah Queen, Lucie Brock-Broido, Shane McCrae, Nathan Xavier Osorio, Carolyn Forché, Lynn Melnick, Stephen Burt, Susan Briante, Maureen N. McLane, Amy King, Matthew Zapruder, Marcus Wicker, Corey Van Landingham, Solmaz Sharif, Ricardo Maldonado, Monica youn, Joshua Clover, Carmen Giménez Smith, Sandra Simonds, Major Jackson, Ilya Kaminsky, Wendy Xu, Ange Mlinko, Calvin Bedient, Katie Peterson, Andrew Zawacki, Jorie Graham, Jericho Brown, Dorothea Lasky, Brenda Hillman y Geoffrey G. O'Brien.

En el prólogo, el poeta laureado en 2015 Juan Felipe Herrera se dirige a la nación y a sus escritores instándoles a que reaccionen ante los ataques contra los principios que los identifican como norteamericanos: «Cuando la libertad se encuentra en peligro, cuando se te exige, directa o indirectamente, con advertencias mezquinas, que te olvides de la condición que te hace persona y que hace personas al resto de tus semejantes, la alarma es extra-ordinaria, América. ¿Lo dudas? Debes responder, América. Debes hablar bien alto, debes escribir». Para estos poetas, la poesía es el único lenguaje de resistencia y también de esperanza. En abril de 2017 se publicaba otra *antología Resist Much/Obey Little: Inaugural Poems to the Resistance*, a cargo de Michael Boughn, Kent Johnson y quince poetas más, que se anuncia como «la plasmación simbólica de los imperativos de su título», «un modelo de activismo y trabajo en estos momentos de urgencia política», a través de los poemas de más de trescientos cincuenta colaboradores en 740 páginas. Eileen Myles, una de las colaboradoras, da testimonio del objetivo del volumen: «No podemos construir una valla, sólo podemos hacer que no pare de fluir el agua pura y que esta ahogue sus mentiras». En mayo aparecía un volumen de poemas de Amit Majmudar, novelista y poeta laureado de Ohio en 2015, *Resistance, Rebellion, Life: 50 Poems* (Knopf). En la introducción Majmudar, se pregunta qué es la verdad y presenta la poesía como único camino hacia la respuesta. A finales de octubre apareció otro volumen colectivo que reúne piezas poéticas y en prosa *How Loveley the Ruins: Inspirational Poems and Words for Difficult Times*, preparado por Cindy Spiegel y Julie Grau, editoras de Random House, con prólogo de Elizabeth Alexander. Como los que le han precedido, su intención es «ofrecer refugio, perspectiva y valor para perseverar en los años futuros», puesto que «en momentos de dificultad personal y ansiedades colectivas, las palabras encierran el poder de proporcionarnos consuelo, sentido y esperanza». Para ello, la antología recoge obras de autores no contemporáneos e internacionales (Maya Angelou, W. H. Auden, Danez Smith, Rumi, Emily Dickinson, Naomi Shihab Nye, Alice Walker, Adam Zagajewski, Langston Hughes, Wendell Berry, Anna Akhmatova, Yehuda Amichai y Robert Frost).

El 1 de agosto de 1854 Karl Marx publicaba un breve artículo en el *Daily Tribune* de Nueva York, titulado «The English Middle Class», en el que manifestaba que Dickens y otros novelistas ingleses de su generación habían «presentado al mundo más verdades sobre la política y la sociedad de su tiempo que todas las que habían expuesto los políticos, publicistas y moralistas juntos». En *The Art of Deal*, el manifiesto de Trump, él mismo proporciona la explicación a lo que serán los años de su mandato: «La clave final para entender lo que yo defiendo es la provocación. Despierto la fantasía de la gente. La gente no siempre piensa a lo grande sobre lo que pueden llegar a hacer, aunque siempre se emocionan cuando ven que alguien sí lo hace. Esa es la razón por la que una pequeña hipérbole nunca hace daño. La gente está dispuesta a creer que algo es lo más grande y fantástico, lo más espectacular. A eso yo lo llamo hipérbole veraz. Es una forma inocente de exageración, y una forma muy efectiva de promoción».

Entonces, ¿cómo se podrá seguir desafiando desde la literatura los estragos de esta política ultraconservadora basada en la hipérbole veraz, cuando, según sociólogos como William I. Robinson, «las semillas del fascismo del siglo XXI fueron plantadas, fertilizadas y regadas por la administración Obama y las élites liberales en quiebra políticamente? Según Jan Clausen, las aspiraciones de los escritores norteamericanos se desperdiciarán si se centran en la idea de «Estados Unidos». Los empeñados en impulsar una resistencia progresista en nombre de los valores nacionales pintan un paisaje del país cuyos abusos a nivel nacional e internacional son inexplicables desde las pretensiones de inocencia fundacional. Este retrato distorsionado de la historia impide que se produzca el debate necesario sobre qué actuaciones emprender en el futuro. Para Clausen, los escritores norteamericanos, como artistas y trabajadores de la cultura, deben olvidarse de las ideas que proclama el nacionalismo norteamericano puesto que solo llevan a la destrucción. En vez de buscar versiones liberales de los estereotipos patrióticos, deben construir grupos de resistencia capaces de acoger a aquellos artistas que rechazan de plano las tropelías imperialistas, y crear otras formas de relación que indaguen con profundidad en la búsqueda de la justicia.

Clausen proporciona un listado de tareas a las que deberían enfrentarse los escritores norteamericanos comprometidos con esta agenda de renovaciones políticas y culturales. En primer lugar, renovar el lenguaje, lo que significa cuestionar la retórica nacionalista; en segundo lugar, reconstruir la solidaridad entre los escritores a nivel internacional en un momento en que las ideas democráticas se encuentran bajo amenaza; en tercer lugar, proporcionar una base organizativa a nivel local e internacional, capaz de forjar lazos transatlánticos y transpacíficos con el fin de que los escritores norteamericanos aprendan del resto del mundo; en cuarto lugar, imitar a aquellos creadores que han rechazado los reconocimientos y honores –la poeta Adrienne Rich declinó el premio de National Medal for the Arts que quiso concederle el presidente Clinton en 1997, por ejemplo– de organizaciones gubernamentales, y denunciar la complicidad de aquellas instituciones literarias defensoras de la política estatal, sea del cariz que sea, ya liberal o reaccionaria. En quinto lugar, visibilizar y apoyar las voces de aquellos escritores que cuestionan el nacionalismo norteamericano. En sexto lugar, fundar un movimiento político radical capaz de hacer frente al poder y prerrogativas del estado, que se vea respaldado por movimientos sociales de liberación a nivel nacional e internacional, como ya ocurrió en los años 60. Y por último, defender la literatura como espacio transformador de la realidad. Para ello es crucial, destaca Clausen, que los escritores norteamericanos se aparten de la imaginería evocada por el nacionalismo liberal y se adentren, entre otros, en el terreno explorado por los feminismos transnacionales, la escritura fronteriza, los textos revolucionarios, las literaturas de la negritud y del mestizaje; que tomen como ejemplo la disconformidad, ironía y radicalidad de autores que atajaron la visión de otros imperios en

decadencia, y, por último, que entablen lazos más allá de las fronteras geográficas nacionales con las literaturas de lo que José Martí llamó «nuestra América».

El ideario de Clausen, pues, puede resumirse en dos grandes proyectos: la renovación estética y el olvido del excepcionalismo cultural, y desde ambos, aprovechar la magnífica oportunidad para revitalizar el espíritu crítico y el compromiso político de los escritores norteamericanos, entumecidos por la idealización sin precedentes que ellos mismos han llevado a cabo de la Era Obama, y que sólo unos pocos han sido capaces de admitir. Como apunta John Pilger, han de asumir «la responsabilidad de hablar bien alto, con independencia de quien ocupe la Casa Blanca». Como el *Angelus Novus*, contemplado por Walter Benjamin, los rostros de los escritores norteamericanos tal vez deberían volverse hacia su propio pasado y hacia sus propias tradiciones de disidencia radical, con el fin de dar cuenta de las ruinas que van apilándose a sus pies, de despertar a los muertos y recomponer todo lo que se ha roto, de luchar contra los vientos que soplan, vengán de donde vengán, ya sean del paraíso o del infierno, y mantenerse firmes invocando el melvilliano «preferiría no hacerlo».

BIBLIOGRAFIA

- «Aftermath: Sixteen Writers on Trump's America. Essays by Essays by Toni Morrison, Atul Gawande, Hilary Mantel, George Packer, Jane Mayer, Jeffrey Toobin, Junot Díaz, and more», *The New Yorker*, 21 de noviembre de 2016. <<https://www.newyorker.com/magazine/2016/11/21/aftermath-sixteen-writers-on-trumps-america>>.
- Rabih ALAMEDDINE: «Our Part in the Darkness», *The New Yorker*, 5 de febrero de 2017. <<https://www.newyorker.com/culture/culture-desk/our-part-in-the-darkness>>.
- Alexandra ALTER: «Boom Times for the New Dystopians», *New York Times*, 30 de marzo de 2017. <<https://www.nytimes.com/2017/03/30/books/boom-times-for-the-new-dystopians.html?mcubz=0>>.
- Margaret ATWOOD: «What Art Under Trump? In a time of crisis and panic, artists and writers can help remind us that we are more than just voters and statistics», *The Nation*, 18 de enero de 2017. <<https://www.thenation.com/article/what-art-under-trump/>>.
- Jan CLAUSEN: «Against Literary Nationalism», *Jacobin*, 24 de marzo March, 2017. <<https://www.jacobinmag.com/2017/03/pen-america-writers-resist-adrienne-rich-baldwin/>>.
- Ta-Nehisi COATES: «My President Was Black: A History of the First African American White House—and of what came next», *The Atlantic*, enero/febrero de 2017. <<https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2017/01/my-president-was-black/508793/>>.

- Maddie CRUM y Claire FALLON: «What It Means To Be A Writer In The Time Of Trump: 18 authors weigh in on their new responsibilities», *Huffington Post*, 17 de noviembre de 2016. <http://www.huffingtonpost.com/entry/what-it-means-to-be-a-writer-in-the-time-of-trump_us_58261ee0e4b0c4b63b0c7f3f>.
- Luciana BOHNE: «The Terrorism of Moral Indignation», *Counterpunch*, 11 de Agosto de 2017. <<https://www.counterpunch.org/2017/08/11/the-terrorism-of-moral-indignation/>>.
- Rachel DONADIO: «In Open Letter, 65 Writers and Artists Urge Trump to Reconsider Visa Ban», *New York Times*, 21 de febrero de 2017. <<https://www.nytimes.com/2017/02/21/books/22pen-america-letter-to-donald-trump-visa-ban.html?mcubz=0>>.
- Vidhi DOSHI: «Paul Beatty: ‘For me, Trump’s America has always existed’», 22 January 2017. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/books/2017/jan/22/paul-beatty-trumps-america-has-always-existed>
- Tom GATTI: «Trump is a great opportunity for us writers’: Zadie Smith on fighting back», *News Statesman*, 2 de diciembre de 2016. <<http://www.newstatesman.com/culture/books/2016/12/trump-great-opportunity-us-writers-zadie-smith-fighting-back>>.
- Michiko KAKUTANI: «Transcript: President Obama on What Books Mean to Him», *The New York Times*, 16 de enero de 2017, <<https://www.nytimes.com/2017/01/16/books/transcript-president-obama-on-what-books-mean-to-him.html?mcubz=0>>.
- Karl MARX: «The English Middle Class», *New-York Daily Tribune*, 1 de agosto de 1854.
- Robert MCCRUM: «From Marilynne Robinson to Richard Ford, Six Writers in Search of Trump’s America», *The Guardian*, 15 de enero de 2017. <<https://www.theguardian.com/us-news/2017/jan/15/writers-in-search-of-trumps-america-marilynne-robinson-richard-ford-walter-mosley-lionel-shriver>>.
- E. Ce MILLER: «11 Immigrant Authors Who Are Transforming Literature», 24 de mayo de 2017. <<https://www.bustle.com/p/11-immigrant-authors-who-are-transforming-literature-59204>>.
- Kate MÜSER: «Bernardine Evaristo: ‘There’s going to be a lot of protest literature’ after Trump and Brexit», *Deutsche Welle*, 26 de enero 2017. <<http://www.dw.com/en/bernardine-evaristo-theres-going-to-be-a-lot-of-protest-literature-after-trump-and-brexit/a-37265434>>.
- «Obama’s legacy: Lorrie Moore, Richard Ford, Marilynne Robinson and others look back», *The Guardian*, 10 de diciembre de 2016. <<https://www.theguardian.com/books/2016/dec/10/obamas-legacy-lorrie-moore-richard-ford-marilynne-robinson-and-more>>.
- George ORWELL: «Politics and the English Language» (1946), *Collected Essays*, Londres, Secker and Wartburg, 1970.

- John PILGER: «The Issue is Not Trump, It is Us», *Counterpunch*, 17 de enero de 2017. <<https://www.counterpunch.org/2017/01/17/the-issue-is-not-trump-it-is-us/>>.
- «President Obama & Marilynne Robinson: A Conversation in Iowa I/II», *The New York Review of Books*, 5/19 de noviembre de 2015. <<http://www.nybooks.com/articles/2015/11/05/president-obama-marilynne-robinson-conversation/>>. <<http://www.nybooks.com/articles/2015/11/19/president-obama-marilynne-robinson-conversation-2/>>.
- David REMNICK: «An American Tragedy», *The New Yorker*, 9 de noviembre de 2016. <<https://www.newyorker.com/news/news-desk/an-american-tragedy-2>>.
- «Renga for Obama». <<http://www.harvardreview.org/?q=features/poetry/renga-obama>>.
- Marilynne ROBINSON: «A Proof, a Test, an Instruction: Obama is ours, in the deep sense that Lincoln is ours», *The Nation*, 5 de diciembre de 2016. <https://www.thenation.com/article/a-proof-a-test-an-instruction/>
- William I ROBINSON: «From Obama to Trump: The Failure of Passive Revolution», *TeleSur*, 13 de enero de 2017. <<https://www.telesurtv.net/english/opinion/From-Obama-to-Trump-The-Failure-of-Passive-Revolution-20170113-0011.html>>.
- Michael SCHAUB: «Authors in support of Donald Trump are conservative thinkers and academics – plus one radical Marxist», *Los Angeles Times*, 8 de noviembre de 2016. <<http://www.latimes.com/books/jacketcopy/la-et-jc-authors-for-trump-20161108-story.html>>.
- Scholars & Writers for America. 30 de octubre de 2016. <<http://scholarsandwritersforamerica.org/>>.
- Scholars & Writers Against Trump. <<https://scholarsandwritersagainsttrump.wordpress.com/>>.
- Lionel SHRIVER: «Making America Great Again», *New Statesman*, 13 de abril de 2017. <<http://www.newstatesman.com/culture/fiction/2017/04/new-short-story-lionel-shriver-making-america-great-again>>.
- Chris TAYLOR: «A forgotten 1986 novel predicted a terrible Trump-like president», *Mashable*, 4 de febrero de 2017. <<http://mashable.com/2017/02/03/white-house-mess-predicted-trump/#wzGiPGiwFkqo>>.
- Donald TRUMP: *The Art of Deal*. New York: Ballentine Books, 1987.
- Cornel WEST: «Pity the Sad Legacy of Barack Obama», *The Guardian*, 9 de enero de 2017. <<https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jan/09/barack-obama-legacy-presidency>>.
- Brian WHEELER: «The Trump era's top-selling dystopian novels», *BBC News*, 29 de enero de 2017. <<http://www.bbc.com/news/magazine-38764041>>.

John WILLIAMS: «Distinguished Writers Debate Sense of ‘Mission’ in Trump Era»,
New York Times, 10 de marzo de 2017. <[https://www.nytimes.com/2017/03/10/
books/distinguished-writers-debate-sense-of-mission-in-trump-era.
html?mcubz=0](https://www.nytimes.com/2017/03/10/books/distinguished-writers-debate-sense-of-mission-in-trump-era.html?mcubz=0)>.

.....
CARME MANUEL CUENCA es catedrática de Filología Inglesa en el Departament de Filologia
Anglesa i Alemanya de la Universitat de València, y directora de la colección «Biblioteca Javier Coy
d’estudis nord-americans» de Publicacions de la Universitat de València, con 150 títulos publica-
dos hasta el momento. Datos de contacto: Departament de Filologia Anglesa i Alemanya. Avda.
Blasco Ibáñez, 32. 46010 València.